

hazienda y urca perdida quisieron que se pagase con el despojo de negros y otras cosas el daño, y á cabo de un año ó más enviaron cédula de su magestad. Abiéndole hecho relación que Agustin de Villanueva y otros muchos abian sacado más de duzientos mil ducados, hízose dilijençias prendiéndolos, y al fin se cobraron los negros, pagando por ellos á trezientos ducados; cupieronle Agustin de Villanueva çinco pieças dellos y las pagó como e dicho, que, çierto, si pago abia de llevar por lo que pasó y el riesgo en que se vió, no eran muchos çien negros. Quedó quejoso del virrey que le puso en tanto peligro, y no le descubrió lo que pensaba hazer, porque como detuvo al piloto ynglés, que abian ydo juntos, le pudiera detener á él y libralle de un gran aprieto en que se vió. Los nuestros cantaron victoria, y entraron en el puerto haziéndose señores dél y de los navíos yngleses y toda la artillería, que valia mucho: dizen que ponía lástima vellos de rodillas pidiendo la vida; dejaron de matar muchos, á los quales prendieron y ynviaron á Mexico, á donde llegaron muy destroçados y algunos heridos.



CAPITULO XXXXI,

*que trata de cómo el virrey se partió para Mexico
abiendo dejado el puerto de San Juan de Lua
fortificado, y de cómo llegó á él y el reçe-
bimiento que se le hizo; y cómo arribó el
jeneral Juan Quiens, el ynglés, á
la Florida, donde dejó la ma-
yor parte de la jente, por-
quel navío llevaba dema-
siada carga, y lo que
más sucedió.*

ABIENDO ya sido desbaratados los yngleses y tomádoles los navíos y artillería, y presos los que quedaron vivos, y el virrey desembarcado y ya en tierra él y toda la armada, aunque con pérdida de la urca, que fué muncha, y de algunos soldados, y estando contentos porque no creyeron verse señores del puerto, determinó el virrey de poner la isla con más huarda y recato; abiendo ynviado

aviso de todo á la audiencia real de Mexico, la qual y toda la çuudad se holgaron mucho, y luego dieron órden de su reçeibimiento, y escribiéronle dándole el parabien de la victoria y llegada, y ynviáronle algunos regalos. Ya él, quando llegaron, estaba fuera de la isla, que venia camino de Mexico, que lo deseaba en estremo.

LLEGÓ EL VIRREY Á NUESTRA SEÑORA DE HUADALUPE DE MEXICO.—A cada pueblo que llegaba le hazian muchos reçeibimientos, como se suele hazer á todos los virreyes que á la tierra vienen, y así llegó á Nuestra Señora de Huadalupe, ques una ymágen devotísima, questá de Mexico como dos lehuechuelas, la qual a hecho muchos milagros (aparecióse entre unos riscos, y á esta devoçion acude toda la tierra) (41), y de allí entró en Mexico, y aquel dia se le hizo gran fiesta de á caballo, con libreas de seda, que fué una escaramuça de muchos de á caballo, muy costosa.

Entró en la çuudad, reçebiéndole los rejidores con palio, y apeóse en la yglesia mayor, donde le fué tomado juramento, segun costumbre con los demás. Este caballero era hermano del marqués de Alcañizes y de la marquesa de Poza; fué muy buen gobernador, y tuvo mucha opinion de cristianísimo: gobernó muchos años, procurando el serviçio de su magestad con muchas veras, y el aumento de la real hazienda; hazia muchas limosnas de secreto, era amigo que se castigasen los delitos, era muy grave, y llegado que llegó, fué tomando las cosas de la tierra: úbose bien con los

oydores, lo que no hizo el de Falçes por cuya causa fué mandado yr á España.

Los yngleses que abian preso en la isla, mandó se trujesen á Mexico, los quales llegaron y eran luteranos; mandólos llevar á una casa de campo, questá fuera de la çuudad como un quarto de lehua, ques la huerta de Çerezo, que despues fué de Morzillo, y allí los tuvieron muchos dias, que no les dejaban salir fuera, ni que nayde los comunicase, sino eran çiertos religiosos que tenian liçençia del virrey, y algunas personas de quien se tenia buen conçepto: éstas les llevaban de comer, y los más de la çuudad les ynviaban limosnas, que lo saben bien hazer, y con todo esto pasaban mucho trabajo. Los muchachos repartieron en los monesterios, para que los mostrasen la doctrina, y algunos caballeros pedian les diesen á cargo, destes hombres, y que les darian lo neçesario y los huardarian y entregarian quando el virrey los pidiese; y diéronse muy pocos. Yo llevé á mi casa seis, entrellos el que dizian era pariente de la reyna y el maestre; túvelos muchos dias, y çierto que lo de nobles se les echaba bien de ver.

Despues de aber pasado meses, trujeron del puerto de Pánuco, que son como çien lehuas, çiento y tantos yngleses presos que los ábian tomado en *Tierra de guerra*, los vezinos de aquella provinçia. Estos fueron con el jeneral Juan AQuiens quando salió huyendo, en la capitana, de la isla, que fué á dar á la Florida, y no con mal tiempo, sino que de yndustria la tomó, porque llevaba el navío munchá car-

ga y llevaban gran temor de hundirse. Llegados á aquella tierra, echó en ella ciento cinquenta hombres y otros veynte muchachos, y alijó la nao de munchas cosas: dejóles arcabuzes y armas, y díjoles que ya vian el riesgo que tenian en la nao y como era ymposible poder llegar á su tierra sino pereçer todos, que se quedasen allí sustentándose de pescado y caça, y munchas nuezes que ay por allí y bellota, y quél se daría prisa y volvería por ellos en mejores naves. Partió con ellos del vizcocho, y dejólos y fuese á Yngalaterra (este, dizen, fué el principio del Draque, á quién ayudó con dineros para venir á vengar el agravio que los españoles le abian hecho); y así los dejó allí y se fué.

MATAN LOS YNDIOS Á LOS YNGLESES.—Los que quedaron estuvieron algunos dias en aquella playa, que no osaban entrar la tierra adentro, por no sabella, ni alejarse de la parte donde el jeneral los abia dejado y dicho abia de volver por ellos; y como se pasaban dias y ellos eran munchos, acabóseles el bastimento de vizcocho, aunque tenian pescado y alguna caça, la qual tambien se les yba acabando, y fueles necesario entrar en busca della la tierra adentro, y matalla en çiénegas, que ay munchas, donde acuden patos y ansares y grullas. Como andaban caçando y los arcabuzes con sus respuestas descubríanlos á los yndios, que abia algunos por aquella costa (y estos tienen de costumbre correrla todo el año para ver si ay algo que saquear); como oyeron arcabuzes, hizieron emboscadas para descubrir la jente que era para matallos. Los yngleses que entraban por la

caça no eran munchos, sino como unos quareynta, ó algunos ménos, porque los demás se quedaban en el puerto en espera del jeneral; y visto los yndios ser pocos y que no se ocupaban sino en caça, ahuardáronlos una noche, quando volvian cargados della y gastada la munición, y dieron sobrellos y mataron más de los quinze ó veynte, y los otros huyeron adonde estaban los demás, y llegaron heridos y espantados, y luego se pusieron en arma y no osaron ynvíar más jente la tierra adentro.

Deste arte sestuvieron munchos dias, padeçiendo muncha hambre y trabajos, hasta que ya no podian más, y determinaron entrar adentro en busca de comida, y como no sabian la tierra, metíanse por munchas çiénegas y braços de mar y rios grandes, donde les pareçia aber más caça y ménos huella de jente, porque ya ellos no estaban para pelear á causa de la muncha flaqueza que tenian de las hambres. Todos los más dias tenian refriega de yndios y ellos; peleaban con el mayor ánimo que podian, sin osarse apartar los unos de los otros, llevando muy buena orden, y desta manera fueron á reconocer la costa de Pánuco; y andando por ella, abia españoles que la corren, y yndios mansos que andan en pesquerías, y como los yngleses tirasen á alguna caça, admiráronse los pescadores de oír tirar arcabuzes dentro de la *Tierra de guerra* y creyeron que alguna armada nuestra debía de aber entrado por aquella tierra, y fueron á la çiudad de Pánuco y á los demás pueblos y dieron aviso. Luego la justiçia mandó prevenir la jente para si fuera menester algun socorro, y en esto

tuvieron segundo aviso que no eran españoles, sino franceses, y que estos venían á tomar los puertos que ay en aquella costa, y que dejaban poblados muchos pueblos en tierra de la Florida.

LA PUNTA DE SANTA ELENA.—No fué menester mucha persuasión para creello, porque se abia dicho en aquella tierra que franceses abian tomado la punta de Santa Elena y San Agustín, y que abian ynviado jente á tomar los puertos de aquella costa de Pánuco y saquear los lugares; y con esto fué grandísimo el miedo que reçebieron todos, y dieron en huardarse y correr la costa de una parte á otra. Una mañana vieron unos yndios á aquellos hombres, que venían á pié y estaban çerca, y avisaron, y luego pasaron adondestaban mucha jente. Ya los pobres yngleses no tenían munición, ni cosa en los cuerpos vestida, y como vieron á los españoles se empeçaron á hincar de rodillas y poner las manos, y en su lengua pedilles que por amor de Dios no los matasen, aquellos no venían á hazer mal, sino á buscar quien les diese de comer, porque abian dado al través en el rio grande que llaman de Santa Elena, y que se abian metido la tierra adentro buscando de comer.

PRISION DE LOS YNGLESES.—Çierto que ay entre los cristianos muchos que usan muy mal el serlo, y de caridad. Ellos venían los piés, de venir descalços, corriendo sangre, desnudos, los más en cueros vivos, los cabellos y barbas creçidísimas, hechos salvajes, sin fuerça ni valor para ofender á un gato; y como si llegaran al poder del Draque, así se

metieron en ellos, atándoles las manos y llevándolos al pueblo atropellando con los caballos. Y llevados, los metieron en cárçeles y prisiones, y dieron á uno ó á dos tormento para que dijese quiénes eran y de dónde venían, y qué abia sido la causa de llegar á aquella costa, y dónde tenían los navíos. Ellos confesaron luego verdad, de como eran de aquellos que abian huydo con el jeneral Juan Quiens, y con esto los despacharon á Mexico, y llegaron á él, ya se podrá ver cómo, que salían á maravilla en Mexico á vellos, y era muy de notar la umildad que mostraban, quen hablándoles algo daban consigo en el suelo y ponían las manos. Lleváronles á dondestaban los demás ynglese, y allí les daban limosnas, y los vistieron los caballeros, y estuviéronse allí, como e dicho, hasta quel virrey los ynvió á España á su magestad. Este fin tuvieron los navíos y jente de Juan Quiens, y la tomada del puerto de San Juan de Lua.

